



hecho la nación del comercio y la industria...  
 Azules los Estados Unidos, con su soberanía...  
 población se ven asociados en la libertad de...  
 la civilización. Al Austria, con su gobierno pa...  
 trístico; á la Rusia, con su absolutismo semi...  
 nístico y político; á la Inglaterra, libre en...  
 administración como en política; á la tierra...  
 que se ocupa en administración y libre en con...  
 al abona de sus riquezas. Millares de miles en pro de la...  
 civilización cristiana la superioridad del no...  
 to y la del tiempo: los pueblos compen...  
 que no se la fuerza la que de la proporción...  
 cia sino el incremento de la moralidad y de...  
 ivos y se ocupan á completar el gran mo...  
 miento principal en tiempo de los monar...  
 pios y á dilatar el imperio de la ciencia y de...  
 la civilización.

### CAPÍTULO I

#### Entronización de la casa de Borbon.

Con el nuevo siglo principia en nuestra historia el reinado de la nueva raza, y falta hacia sin duda una mudanza de tal naturaleza, para que de ella resultara alguna mejoría. Habia llegado España á tan lamentable estado de prostracion y desórden, habia tan poca mesura en los opresores, tanta escasez de recursos, tan pocas garantías de seguridad para todo, que hubieran de ceder los ódios antiguos y las resistencias nuevas ante la imprescindible necesidad de una mudanza radical y profunda. En efecto, la subida al trono español de una familia estraña, de la cual no habian reconocido todavía monarca propio los castellanos, era en aquella sazón un acontecimiento de tanta trascendencia, que bastaba por sí sólo á trocar enteramente la faz de los asuntos, y ésta habia sido tan mística y desagradable, que no podian figurarla peor los más melancólicos visionarios. En primer lugar, moria la idea dominante y absurda que de generacion en generacion fomentaba la casa de Austria; el plan político se presentaba con nuevas líneas; espiraban los antiguos compromisos y se inauguraba una nueva era, fecunda en esperanzas si bien no desprovista de temores. Castilla, más atada al trono que ningun otro de los antiguos reinos de que constaba la monarquía, aplaudió con todas

nera y crece, aspiran al dictado de libertades...  
 y el mismo tiempo se enseñan en demostrar...  
 que los tiempos no son sino nuevos perfectos...  
 engrandecidos por la filosofía, y para quienes el...  
 error es un elemento social; quienes impulsan...  
 á la humanidad hacia el bien, y aspiran á la...  
 trase gloria de andar y desahogar de todo y de...  
 entretanto por una parte el principio de le...  
 gitimidad cingulado en la moderna Europa...  
 recibe el primer golpe con la desampliación...  
 de un reino extinguido, que era en otro tiempo el...  
 anterior del progreso intelectual de las...  
 atadas de la raza árabe, y por otra parte, las...  
 colonias americanas, abriendo ya capos...  
 de gobernarse por sí mismas, se insurreccio...  
 nan y restituyen de la autoridad regia, otro...  
 con el primer estampo de una vasta imperio...  
 de las facultades, que tantos seculares ha...  
 hecho por retenerlas en la esclavitud, compier...  
 de las vestras libres que puede sacar más pro...

sus fuerzas el nuevo orden de cosas, con más deseo de su bienestar que celo por sus derechos y libertades, estériles los unos y sofocadas las otras, y prometiéndose de la alteracion que se preparaba futuro bienestar, ya que no resurreccion de la pasada gloria, que habia valido tan poco y habia costado tan cara.  
 Habia triunfado Luis XIV, sacando más partido que de sus glorias de conquistador, de sus intrigas de pretendiente: los repartimientos que antes habia formalizado como gananciosos, ahora venian estrechos á su adquisicion, porque adquisicion suya era, en verdad, la que por conveniencia diplomática traspasaba á su nieto. Contaba éste á la sazón no más que diez y seis años: su carácter era taciturno y sufrido, su educacion limitada, su ánimo propenso á la obediencia, y su entendimiento necesitado de direccion; lleno, por lo demas, de buena voluntad y sincera y reflexiva adhesion á sus nuevos súbditos. Tal era el duque de Anjou, hijo del Delfin, y á quien la Providencia habia designado para sentarse en el trono de las Españas: en él veia el viejo rey un instrumento dócil á sus miras, á favor del cual podia ensanchar considerablemente la esfera de su política; pero astuto por naturaleza y hábil para ocultar á tiempo los vuelos de su ambicion,



fingió Luis XIV no estimar en mucho aquel regalo de la fortuna, á fin de no dar desde el principio alas á la envidia y cebó á las murmuraciones. Así fué, que recibida la noticia de la muerte y última voluntad de Carlos II, y el voto de los castellanos, que por voz del Consejo de regencia aceptaban y pedian á su nuevo rey, el de Francia afectó comunicar el asunto con su Consejo, y aun suscitó artificiosa oposicion de parte de los mismos que más interesados estaban en corresponder á sus deseos. Terminada aquella farsa con la accesion de Luis XIV al voto de los españoles, fué reconocido ante el embajador de nuestra nacion el nuevo monarca con el nombre de Felipe V, diciéndole su abuelo al reconocerlo y al separarse de él: «Debeis ser de aquí en adelante buen español; pero sin olvidar que sois de nacimiento francés... Desde hoy ya no habrá Pirineos.» Palabras que explicaban la política y la esperanza de Luis XIV, así como el papel que en aquélla habia de jugar su nieto, y la dependencia en que habia de quedar España atada al carro de su poderoso vecino. Tutela humillante y comprometida, ejercida sobre el soberano y trasmitida por falta de libertad á los súbditos, propuesta en són de consejo y aceptada con máscara de deber.  
 El nuevo rey, saludado en su tránsito con alegres y unánimes aclamaciones, llegó á Madrid el 18 de Febrero de 1701, donde fué coronado con largos festejos y superior magnificencia. Tiempo era ya de que viniera á encargarse de las riendas del gobierno, pues el Consejo de regencia nombrado en las últimas horas de la vida de Carlos II, y compuesto de la reina viuda, del cardenal Portocarrero y de otros cinco personajes más, se hallaba gravemente comprometido en su marcha gubernativa por la desavenencia que habia estallado en su seno, promovida por los dos principales miembros, la reina y el cardenal. La reina, vencida en la lucha por la mayor habilidad de su contrario, fué desairada por Felipe V, á quien recurrió en queja, y hubo de retirarse á Toledo, mientras el cardenal quedaba encargado de la formacion y presidencia de un ministerio. Este hombre, de carácter flexible, osado y lisonjero, á quien las

vueltas de la fortuna habian contribuido á dar una importancia que ninguno se atrevia á disputarle, no cumplió en el poder con todo lo que de sus dotes diplomáticas se esperaba. Rastrero adulador de los franceses, ajó para ensalzarlos el orgullo de los españoles de un modo indecoroso y violento, sometiendo siempre todas sus medidas á la postrera inspiracion que le llegaba de allende los Pirineos; dando á los pares de Francia los derechos y honores de grandes de España, á pesar de la viva repugnancia que mostraron éstos, é introduciendo el uso francés en el ceremonial y en los uniformes, cosa de que se resintió mucho el pueblo, como apegado á las buenas y antiguas exterioridades. Verdad es, que luego cundió como costumbre lo que fué mal recibido como ordenanza, y los trajes y modales franceses reemplazaron pronto á la solemne vestimenta y grave etiqueta de Castilla; pero esto no borró la impresion del disgusto experimentado. Adoleció tambien Portocarrero del achaque de organizador; teclá delicada cuando no se maneja con mucho tino. Intródujo violentas y superficiales economías, con las que hizo gran número de descontentos, entre los que hallaron miseria cuando esperaban alivio; trastornó el sistema de los empleos, colocando en ellos á sus hechuras indistintamente y sin atender á los méritos y requisitos particulares de cada cual, y separó á muchos con frívolos pretextos de los cargos que dignamente servian. La supuesta adhesion al partido austriaco con que acriminaba á los que pudieran hacerle sombra, le sirvió de arma poderosa para abatir á sus enemigos y asegurarse en su posicion. Pero por más que hiciera, nunca habia de llegar á la altura de poder que alcanzaron los duques de Lerma y de Olivares, por cuanto ahora las circunstancias habian variado mucho, y el activo y sagaz Luis XIV, moderador de aquella fábrica de disposiciones, no consentiria que nadie se ensalzara más allá de su voluntad en el ánimo de su nieto.  
 La eleccion para el cargo de ministro de Hacienda hecha por Luis XIV en la persona de un tal Orr, personaje que añadía el gravamen de incapaz á la impopularidad de extranjero, y la convocacion ilegal y vergonzante de las cór-



tes de Castilla, hecha con temor y artificio no más que para que los diputados reunidos en Madrid felicitasen al monarca, sin tratar de ningún negocio ni ser elegidos según costumbre, colmaron el descontento de unos y otros, arreñando algo al rey de Francia y mucho más á Felipe V. Este, no asegurado por la intrigante sumisión de sus adláteres, entró en disgusto de una corona que tantas fatigas le acarreaba, y empezó á descuidar cada día más el despacho de los negocios. A tal extremo llegó esta incuria, que sus mismos consejeros hubieron de recurrir á Luis XIV para que espolease á su nieto, pintándole con negras tintas la situación de España; y aquél, entonces, envió acá en calidad de embajador á Mr. de Marsin, hombre que vino más lleno de instrucciones que del seso y gravedad conveniente. Así se iba estableciendo cada vez más la lucha entre el carácter de ambas naciones; lucha que al fin había de terminar para bien de todos en apacible concordia. Mr. Marsin venía encargado de asistir al consejo «como embajador de Francia,» en sustitución del anciano duque de Harcourt, y de hacer que se ejecutasen aquí las órdenes del rey su amo. Así, andaban por doquier extranjeros poniendo mano sin recato en nuestros negocios, y así estaba la nación española gobernada á tiento y por correspondencia.

Mientras esto pasaba en la Península, empezaba á levantarse fuera de ella gran torbelli, no de enemistades y de intrigas. El Austria que apoyada en la solidaridad de familia y en el alegado derecho, no había dejado nunca de esperar, hasta después de la muerte de Carlos II, que éste nombrase en su testamento al archiduque Carlos heredero de su corona, el Austria, decimos, protestó inmediatamente por medio de su embajador contra el acuerdo del difunto rey, y declaró la guerra á la Francia y á España como país subordinado á aquella. Así se veía por un raro vuelco de la fortuna, hacernos guerra la misma familia que nos había dado una serie de monarcas, y venir á sentarse en nuestro sólio príncipes de una raza que había sido por tanto tiempo nuestra constante enemiga. Secundaron las miras del Austria los estados de Holanda é Inglaterra, á las cuales

se unieron Dinamarca y muchos potentados de Alemania. Pero Luis XIV no se durmió á vista de tan formidable preparativo, sabiendo remediar con destreza los peligros que su ambición había provocado. Ya había comprado la seguridad de que obedecerían á Felipe V las provincias lejanas del centro de su poder y afectas por su posición al Austria, como las de Italia y los Países-Bajos, atrayendo á sí por uno ú otro medio á sus gobernadores, y había prevenido las hostilidades por el lado de Portugal, estableciendo un pacto de amistad entre las casas de Borbon y de Braganza.

Ganó asimismo para sí la adhesión de varios príncipes alemanes; cortó con gran golpe de tropas la comunicación entre Holanda y la parte hispano-francesa de los Países-Bajos, ocupando después á viva fuerza las plazas fronterizas que tenían guarnecidas los holandeses, y por último, á fuerza de oro, intrigas y amenazas, formó en Inglaterra un partido considerable que apeteciendo la paz favorecía indirectamente al francés. Debilitada así una potencia por la excisión que se había formado en su seno, y que había de entorpecer y contrariar mucho cuantas disposiciones se tomaran para la guerra, y hostilizada la otra abiertamente y sin prevención alguna, viéronse ambas en el caso de cejar sucesivamente en el camino por que habían echado y de reconocer formalmente por rey de España á Felipe V, quedándole opuesta tan sólo el Austria, fuerte por su orgullo y obstinada por su despecho.

Otro de los actos del abuelo de Felipe V, fué solicitar para su nieto la mano de doña María Luisa de Saboya, hija de Víctor Amadeo, con el objeto de interesar á éste en la guerra que iba á emprender con los austriacos, y de que sirvieran los Estados de Saboya como de barrera en Italia. Accedió Víctor Amadeo á la solicitud de Luis XIV, no sin que antes exigiera desmedidas ventajas en recompensa de su amistad. Hablaba también al ánimo de Luis XIV en favor del proyectado casamiento la corta edad de la princesa, que sólo llegaba á los catorce años, y cuya inesperta niñez la impedía maniobrar cerca de la persona de su marido en pro de una política extranjera y en contra de



la influencia transpirenaica. No obstante, como la futura esposa de Felipe V era viva, inteligente, hermosa, y el monarca español fácil de dominar, Luis XIV tomó sus medidas contra lo que pudiera sobrevenir, sin perdonar probabilidad por lejana ni precaución por minuciosa. Introdujo en primer lugar á su nieto, á lo ménos pretendió introducirlo, en un sistema de dominación sobre la reina y poca participación de ésta en los negocios; la dió nueva servidumbre de su elección, haciendo retirar la que traía desde su tierra, con gran pesar y afrenta de la nueva desposada, y hasta la impidió hablar con los embajadores extranjeros, como no fuese en presencia de testigos seguros.

Tratamiento tan poco conveniente, puso en pugna á la princesa con Luis XIV, y como aquella adquirió en breve gran prestigio en el ánimo de su marido, los resultados de dicha pugna hubieran sido incalculables, á no haber sido por una persona que muy á tiempo se atravesó entre ellos. Queremos hablar de la princesa de Ursinos, así llamada por corruptela de la voz italiana Orsini, por cuanto dicha princesa, francesa de nación é hija del duque de Noirmoutiers, casada que fué con el príncipe de Chalais, de donde le provino el mencionado título, lo había hecho en segunda nupcias con Flavio de Orsini, duque de Bracciano. Separada de su segundo esposo, y por segunda vez viuda, fué agregada, en calidad de camarera mayor, á la nueva servidumbre de la reina, exponiéndole Luis XIV secretas y delicadas instrucciones que había de cumplir en su nuevo cargo. Era la princesa mujer á la sazón de más de cincuenta años, de larga experiencia, modales esquisitos, trato variado y ameno, inteligencia perspicaz y viva, carácter insinuante y dominador. Ella llegó sin mucha dilación ni trabajo á ejercer la más completa influencia sobre la reina, la cual á su vez ejercía la misma sobre el rey, de modo que la princesa Ursinos era el móvil oculto en que más confiaba Luis XIV, sin dejar asimismo de temerla, como á mujer muy capaz de trabajar por su cuenta.

Con motivo del regío desposorio y con deseo de librarse de las intrigas con que hervía

la corte en torno suyo, salió Felipe V de Madrid para visitar las provincias de Aragón y Cataluña, quedando el cardenal Portocarrero encargado entretanto de la gobernación. Después de haber gastado la luna de miel, convocó y asistió en Barcelona á las cortes de Cataluña, donde tras muchas peticiones de los diputados y resistencia de Felipe, tuvo éste al fin que confirmar completa y esplicitamente todos los fueros y privilegios de la provincia, aun los que habían caído en desuso, obteniendo en cambio las ofertas de un donativo.

Entretanto en Nápoles, donde el duque de Medinaceli desempeñaba el vireinato, estalló una conspiración austriaca, ramificada en otras ciudades importantes de Italia, que, si bien abortó por entonces, no se desorganizó por eso, antes bien permaneció compacta y amenazadora. Llegado este suceso á noticia de Felipe V, sacudió éste su melancólica apatía, y determinó (resolución inesperada y ajena en sentir de todos de su carácter) pasar en persona á Italia para poner á aquellos males inmediato remedio, y dar calor á la guerra, cuyas primeras operaciones habían empezado ya en aquella Península, según se contará en el capítulo siguiente. Opusieronse á esto Luis XIV y todos los consejeros de Felipe; pero éste permaneció inalterable, y logró determinar en favor de su proyecto á su abuelo, que le ayudó á su vez á reducir á los ministros. Encargóse el gobierno de Castilla á una junta presidida por el cardenal Portocarrero, y zanjado todo, se dió el rey de España á la vela en Barcelona, y llegó felizmente á Nápoles. Allí no fué tan bien recibido como pudiera desear; el pueblo lo miró con desabrimiento, y era fácil conocer que preponderaba en todas partes el influjo austriaco. También el papa, á quien el rey de España se dirigió, según costumbre, pidiéndole su protección y la investidura del reino de Nápoles, trató al embajador español con equívoca cortesía, cerrando los oídos á todas sus peticiones, y no queriéndose decidir en pro de Felipe hasta el resultado de la lucha inminente entre el francés y el austriaco. Creció con esto el murmullo y animadversión de los napolitanos, grandes y pequeños, sin que fuesen parte á



contenerlos medidas de rigor ni ostentaciones de poder.

Mientras esto pasaba en Italia, la reina, encargada por su marido del gobierno de Aragón reunió en Zaragoza las cortes de esta provincia, y pasadas alguna resistencia y alteraciones, se reservó la confirmación de los privilegios provinciales para otra reunión de cortes, y se votó por los diputados un donativo de cien mil pesos fuertes. Conseguido esto, pasó la reina á Madrid, donde reclamaba su presencia la disension que reinaba entre los vocales de la junta de gobierno, y donde el pueblo la recibió con trasportes de alegría. Halló las cosas en muy mal estado: el almirante de Castilla y el cardenal Portocarrero estaban en abierta lucha como en los tiempos de Carlos II, indignado el público de estos manejos, y mal vistos los agentes de Luis XIV. Púsose aquella jóven al frente de aquel caos de desaciertos, y manejó el timon del estado entre tan revueltas olas, no sólo con más rectitud, sino tambien con más pericia que los pretenciosos y desatinados gobernantes que habian mezclado en la causa comun sus particulares rencillas é intereses.

Declarada la guerra por el Austria, abriéronse en 1701 las hostilidades. El duque de Saboya, suegro de Felipe V mandaba el ejército combinado de los Borbones: el príncipe Eugenio de Saboya, seguido de un ejército formidable, ocupó el paso de Brescia, derrotando á las divisiones francesas que le salieron al opósito, y sorprendiendo á Cremona, de donde se llevó prisioneros al mariscal de Villeroy y á otros oficiales de importancia. Tal fué el principio de la guerra, y los progresos que hizo el enemigo en la primera campaña.

El día 2 de Junio de 1702 salió de Nápoles el rey con el designio de recorrer la Italia, y tomar una parte activa en la comenzada lucha. Pasó por Toscana y Génova; avistóse con su suegro en Alejandria, separándose los dos con resentimiento el uno del otro por frívolos motivos de etiqueta, ó más bien por oculta rivalidad sobre la dirección de las tropas. De allí pasó Felipe á Milan, donde hizo reconocer su soberanía, y organizó sus fuerzas para mar-

char con ellas contra el príncipe Eugenio, que tenia en gran estrecho á Mántua y á Goito. Para suceder á Villeroy, vino de Francia Vendome, general valiente y acreditado, á cuyas órdenes se puso un nuevo ejército de cincuenta mil hombres. Vendome obligó á su contrario á levantar el sitio de Mántua y á replegarse sobre el Po, combinando después unas maniobras muy bien calculadas para cortar las comunicaciones del príncipe Eugenio con el Austria, y apoderarse del país situado en el nacimiento del Po, de donde el ejército contrario sacaba casi todos sus bastimentos. En esto se unió á Vendome el rey de España con sus tropas, quedándole desde aquel punto á éste el mando como rey, y á aquel la dirección como militar. Siguiéron los aliados forzando y rechazando á los imperiales, hasta que, acampada nuestra gente cerca de Luzzara, tentó el príncipe Eugenio sorprenderla, y fué descubierta antes de haber dado el golpe. En consecuencia trabóse la batalla, que duró bastantes horas, y fué muy reñida y la pérdida igual por ambas partes. Los dos ejércitos la celebraron como victoria; pero Vendome fué quien reportó el fruto con la toma de Luzzara, Borgoforte y Guastalla. El rey volvió á Milan, después de haberse portado en todos aquellos lances con más valor y energía de lo que podia esperarse de un príncipe educado hasta entonces entre los regalos de la corte, y no entre los silbidos de las balas, poniendo su persona á toda prueba sin escusar riesgo ni fatiga. De Milan volvió á España, no sin haber sido muy atormentado en este intervalo por una enfermedad de irresistible languidez é hipocondría, mal ocasionado de su misma naturaleza, de la educación que habia recibido y del disgusto que le habian hecho sufrir, tanto en Roma como en Nápoles la negativa del pontífice y el frío acogimiento del pueblo. La campaña siguió hasta su fin con algunas ventajas de nuestra parte, y la guerra quedó al cabo en el mismo estado que antes de que hubiesen tenido principio las operaciones.

Otra tempestad no menor se habia promovido por el lado de Inglaterra y Holanda. Temian estas potencias sobre todo que llegaran á



reunirse en una misma mano los cetros de España y Francia, con tanta más razón cuanto que Luis XIV, en menosprecio de anteriores pactos, habia declarado que su nieto tendria derecho á la corona de Francia siempre que el delgo no tuviera antes de morir otro hijo varón. Recelábanse además los holandeses de que los Países-Bajos españoles cayeran en poder de Francia, según era la intención del viejo rey, el cual habia ya comunicado á su embajador cerca de Felipe algo sobre la cesion á su corona de los Países-Bajos, comprometiéndose él en cambio á defender con su propia fuerza el resto de las posesiones españolas. Escociales tambien á ingleses y holandeses el exclusivismo con que los súbditos de Luis XIV se habian apoderado del comercio de América, secando así la fuente de las pingües ganancias que antes reportaba á aquéllos el tráfico entre los dos continentes. Por todo esto empezaron las potencias en cuestion á tomar un ademan hostil, perjudicadas como se hallaban en sus intereses, y amenazadas por la procaz ambición del jefe de los Borbones. Guillermo de Orange, contrareestado que hubo la influencia del partido que optaba por la paz, empezó á maquinár contra la Francia, celebrando tratados de alianza con los holandeses, dinamarqueses y brandemburgueses, y enviando socorros al emperador: Luis, sin alarmarse mucho por estas prevenciones, envió á la Haya á su ministro plenipotenciario Davaux, cuyos deseos de negociar la paz se estrellaron en las peticiones de los enemigos. Inglaterra y Holanda se unieron al Austria para contrarestar los manejos de Luis XIV, concluyéndose el día 7 de Setiembre de 1701 el tratado por el cual se establecia esta triple alianza.

Pocos dias después de esto, agrió los ánimos de los coligados otra medida de Luis XIV. Habiendo muerto á la sazón Jacobo II, á quien aquel tenia recogido en su reino, el rey de Francia reconoció y apoyó al hijo del inglés como legítimo monarca de Inglaterra, esperando tal vez, si le favorecian los sucesos, ejercer en esta nación por medio del príncipe de Gales la misma autoridad que ejercia en España por medio de Felipe V. Llevaron muy á mal los

ingleses este reconocimiento, tan mezquino en el fondo y tan insultante en la forma, y ardiendo en odio contra la Francia, declararon al príncipe de Gales enemigo público, y sirvieron sin réplica á Guillermo de Orange con cuantos socorros demandaba la ocasion de la guerra. El emperador por su parte se atraía la cooperación de los potentados alemanes, obligaba al elector de Baviera á mantenerse neutral, y haciendo causa imperial de lo que no era sino particular empeño de su familia, disponia que la dieta de Ratisbona declarase la guerra (15 de Mayo), en cuya declaración, aprobada y repetida por los coligados, se llamaba á Luis XIV y á Felipe V usurpadores del trono español. Un cuerpo de diez mil hombres, procedente de Inglaterra, á las órdenes del conde de Marlborough, habia ido á Holanda, y Guillermo se preparaba á seguir el mismo camino para dar calor á las operaciones de la guerra, cuando le sorprendió la muerte, dejando buena memoria de sí á sus súbditos y á los historiadores. Ocupó su trono por falta de sucesión directa, Ana Stewart, mujer del príncipe de Dinamarca, sin que esta alteración diese á los sucesos un giro ménos sangriento del que se esperaba. Siguió Inglaterra en buena inteligencia con Holanda y en sus planes contra los Borbones, compensando la insuficiente capacidad de la reina el alto y variado mérito de sus consejeros. No dormian entretanto franceses y españoles: Luis XIV organizó un ejército de sesenta mil hombres, cuyo mando confió al duque de Borgoña y al mariscal de Boufflers, cubrió las fronteras, y acumuló gran golpe de gente en Italia y en los Países-Bajos, igualando la grandeza de los preparativos á lo mucho que se esperaba y se temia de aquella gigantesca lucha.

El duque de Borgoña amagó sobre Nimega; pero Marlborough, al frente de un ejército de sesenta mil hombres le obligó á retirarse por temor de una derrota, ganándose después por los aliados las plazas de Kaisenwertz, Venlo, Ruremonde, Sevenwerth, Maseich y Lieja; mientras en Alsacia, donde los imperiales tomaron con mucho trabajo á Landaw, daba realce á nuestras armas la inesperada cooperación